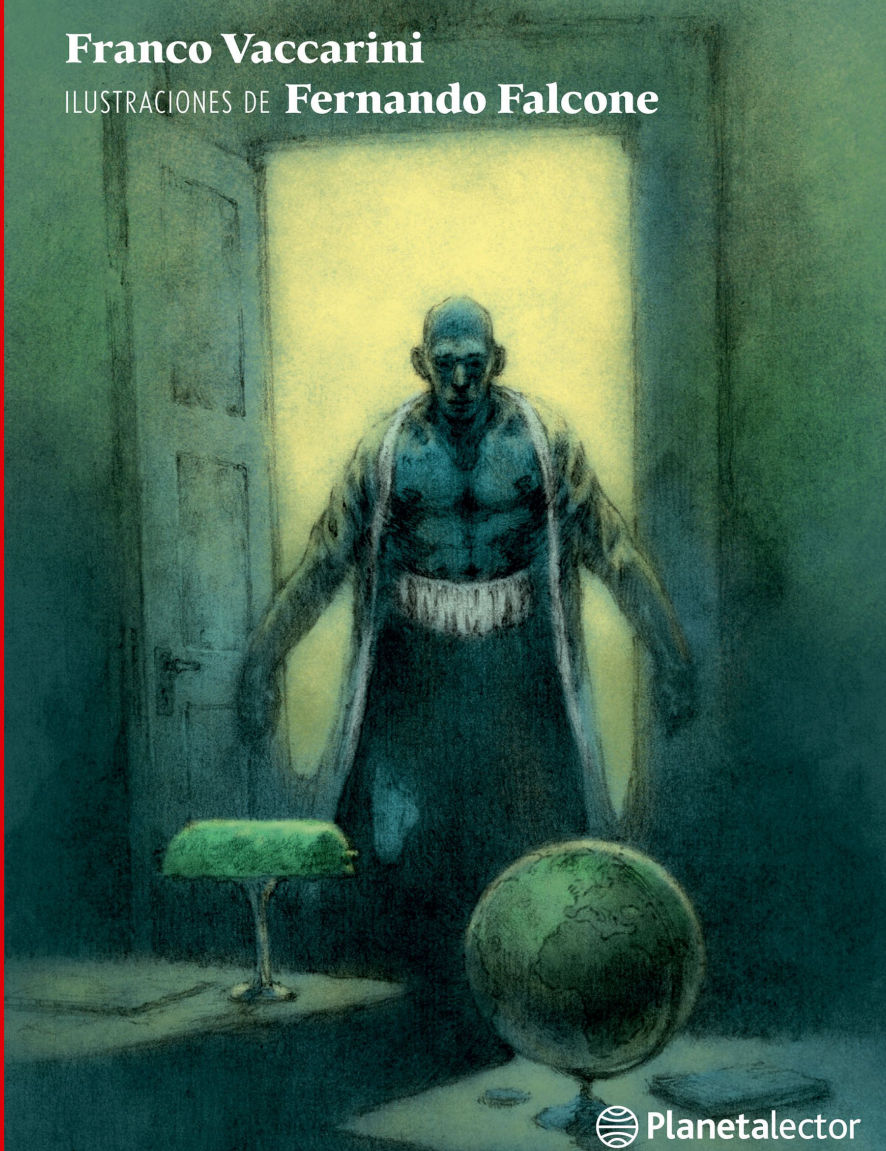


EL ALUMNO FANTASMA

Y OTRAS LEYENDAS MISTERIOSAS DE BUENOS AIRES

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Fernando Falcone**



EL ALUMNO FANTASMA

Y OTRAS LEYENDAS MISTERIOSAS DE BUENOS AIRES

Franco Vaccarini

ILUSTRACIONES DE **Fernando Falcone**

**LA CASA
DE LOS DOS PINOS**

BELGRANO

Esta historia empezó hace mucho tiempo, en una casona del barrio de Belgrano R, en la intersección de Avenida de los Incas, Freire y la cortada Carbajal. La casa está rodeada de un terreno donde no abundan las flores ni los cuidados, que algunos podrían llamar parque, aunque hoy es un triste jardín sin jardinero. Un muro de baja altura sobre el que se eleva una hilera de rejas conforma el anillo de protección, que permite una vista generosa a la propiedad. La puerta principal está custodiada por dos solemnes columnas dóricas y dos pinos de gran altura. Más que una casa, hoy parece un templo funerario.

No siempre fue así: antes, en una de las habitaciones altas, vivía la señora S., quien, por padecer de una enfermedad que le impedía moverse, permanecía en la cama, al cuidado de una robusta enfermera.

Todos los vecinos, salvo el peluquero que se acercaba mensualmente para arreglar el cabello de la dueña de casa, hubieran pagado con gusto una entrada para que les fuera permitido conocer el salón, ascender por la escalera de mármol y admirar los detalles de los cuartos. Y qué decir de los chicos que iban a las escuelas del barrio. Tres de ellos, los hermanos Josecito y Nicolás Furlon y el amigo de ambos, Luis Garay, estaban intrigados y habían tomado la costumbre, a la salida del colegio, de pararse junto a las rejas y admirar la fachada.

En más de una ocasión, en los tempranos anocheceres de julio, esperaban la puesta del sol para ver si pasaba algo diferente. Solo una bombilla se encendía en la puerta trasera, que daba al jardín y al colegio Saint Catherine. Y en la planta alta, del lado de Los Incas, en la habitación de la que sobresalía la carcasa del aire acondicionado, resplandecía una luz amarillenta; y jamás se oían ruidos: ni voces, ni música.

Fue Josecito el que tuvo la idea:

—¿Y si entramos?

Los otros dos estaban de acuerdo. Pero ¿cómo, de qué manera?

El truco que otorgaba seguridad y libraba del vandalismo a la casa era que todo estaba a la vista:

desde la calle ningún movimiento pasaría inadvertido. Fue Luis el que zanjó esta situación:

— Tiene que ser de noche, por Carbajal y entramos a la casa por la puerta trasera.

—¿Y si estuviera cerrada? —preguntó Nicolás.

—¡Seguro que va a estar cerrada! ¿Y qué perderíamos? Probamos.

Un atardecer helado y ventoso, los Furlon les dijeron a sus padres que se quedarían a dormir en la casa de Luis Garay. Y este, a su vez, engañó a los suyos diciéndoles que dormiría en la casa de los Furlon. Necesitaban unas horas de libertad, para que nadie se interpusiera entre ellos y la aventura. Durante semanas, habían imaginado los silenciosos misterios que guardaría la casa, la mujer de rostro desconocido que la habitaba, la enfermera guardiana: de ella habría que cuidarse.

¿Y si eran descubiertos? ¿Qué harían? ¿Qué dirían?

Fue Josecito, otra vez, el que tuvo la idea de entrar con un ramo de flores, de las flores que podían conseguir en invierno, en la esquina de Cramer y La Pampa.

Dijo Josecito:

—Mostramos el ramo de flores y confesamos que queríamos hacerle un regalo a la señora. Que ya habíamos tocado el timbre otras veces y que nadie nos había atendido.

Solo por loca, la idea podía funcionar. Después de todo eran niños; y con un ramo de flores.

Abrigados, con una linterna y algunas provisiones en sus mochilas, abarrotadas de útiles escolares y carpetas, dieron vueltas por el barrio, admiraron otras casas deshabitadas de la Avenida de los Incas y prometieron que se convertirían en un grupo de exploradores. En Los Incas se habían construido sobre las ruinas de grandes palacios, enormes estructuras de quince pisos. Aun así, sobrevivían aquí y allá viejísimas casonas, la mayoría sin ocupantes.

Dieron vueltas. Y más vueltas.

Compraron tres chocolates de cien gramos cada uno. ¡Una fortuna! Compraron las flores.

Esperaron a que pasara el colectivo de la línea 8o y un ciclista solitario sobre el empedrado de Los Incas, antes de tomar la gran decisión: quién saltaría primero.

Fue, claro, Josecito. Apenas pisó el suelo al otro lado, sintió un escalofrío. Apuró a su hermano y al amigo para que hicieran lo mismo, no fuera que lo dejaran solo.



Caminaron como gatos hacia el centro del terreno y se ubicaron detrás de un árbol. ¡Qué lejos parecía la vereda! Ninguno dijo “Tengo miedo”. “Salgamos de aquí”. “¿Y si nos metemos en un lío?”. No lo dijeron. Pero era lo que sentían.

Apenas habían entrado, ¿cómo iban a confesar sus “cobardías” y de paso exponerse a las burlas de los otros? Entonces, a sus once años escondieron el miedo y avanzaron. ¿A eso le llamarían valentía? Y, además, el misterio se lo habían inventado ellos. ¿Qué podrían encontrar en una casa vieja? Lo mismo que en cualquier altillo, en el sótano: polvo, telarañas, insectos, ese aire difícil de respirar, el olor a humedad.

De todas maneras, no fue Josecito el que abrió la puerta. No fue su hermano Nicolás, ni Luis Garay. Ninguno de ellos abrió la puerta.

—Pero si vienen con flores —dijo la voz de mujer, la enfermera de un cuerpo voluminoso apenas entrevisto en la oscuridad.

Los visitantes se quedaron quietos, sin moverse un centímetro, sin decir más que...

—¡Hola!... Perdón, señora, nosotros...

—Los estábamos esperando, hace bastante. ¿Por qué tardaron tanto?

Y los tres amigos entraron; y ya no saldrían nunca jamás.